



## ECOS DE LA PALABRA Por Javier Castillo, sj

**Solo el amor transforma y libera**

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 3, 20-35 (10º Domingo del Tiempo Ordinario del Ciclo B – 10 de junio de 2018)



San Ignacio de Loyola, en el número 32 de los Ejercicios Espirituales, hace una sencilla y profunda descripción del corazón humano, dice Ignacio: “Presupongo que hay en mí tres pensamientos, es a saber: uno propio mío, el cual sale de mi propia libertad y querer, y otros dos que vienen de fuera, uno que viene del buen espíritu y otro del malo”. Estas palabras,

cargadas de sabiduría, ponen nombre a las constantes tensiones que, tanto a nivel individual como colectivo, vivimos los seres humanos. Nuestra libertad está avocada a tomar decisiones en medio de un sinnúmero de influencias que es importante discernir: entre las que nos invitan a construir amando y sirviendo y las que nos encierran en la búsqueda insaciable de nuestro propio amor, querer e interés.

Esta tensión entre nuestra libertad y los factores externos que dice Ignacio se da en nuestro corazón, por lo tanto, cada uno ha de ser consciente de cuál es la fuente que motiva sus decisiones: la fuerza creadora de Dios o la fuerza destructora del egoísmo que mueve a retener cosas, personas e, incluso, a sí mismo. En la Sagrada Escritura se utiliza la palabra “endemoniado” para referirse a las personas que se han dejado llevar por el mal espíritu que diría Ignacio.

No obstante, la constatación de la tensión que vivimos en nuestro interior no serviría para nada si no nos mueve a abrimos a la necesidad de liberación de aquellas fuerzas que nos hunden en el sin sentido. Cuando se encienden las alarmas por la deriva de una vida sin norte surge el grito en el creyente: ¡Dios mío, ven en mi auxilio! ¡Dios mío, libérame!

**La fuerza liberadora del amor.** Los Escribas y los Fariseos, al ver el poder liberador de Jesús, le acusan de estar aliado con Belzebú, el jefe de las fuerzas generadoras del mal. Pero Jesús, con una lógica sin fisura, les desmonta la acusación: “¿Cómo va a echar Satanás a Satanás? Un reino en guerra civil no puede subsistir...”. El poder del mal no tiene capacidad de liberar, es más, el mal y su corte solo pueden engendrar más mal pues actúan como un ciclón que arrastra hacia su ojo todo lo que encuentra.

Solo el amor, la compasión, la misericordia y la ternura tienen el poder de restaurar las fibras maltrechas de nuestros corazones heridos por el mal. Un amor, como el manifestado por el Padre Dios a través de Jesús, que es capaz de dar la vida para que sus hijos sean liberados de las cadenas que los atan. El mal y su corte solo se vencen con la fuerza constructiva del amor.

**Amor para tiempos de dificultad.** Las páginas de nuestra historia actual no están exentas de las tensiones entre las fuerzas del bien y las del mal. Hay cientos de escenarios donde la vida se nos escapa de las manos por el fragor de la guerra, del maltrato a la dignidad de los seres humanos, del secuestro de la honestidad y la transparencia y de la búsqueda enfermiza del propio beneficio por nombrar solo unos pocos.

Ante estos escenarios sombríos pueden surgir algunas voces que propongan atacar con vehemencia, por no decir con violencia, las fuentes del mal. Esta estrategia, como bien lo señala Jesús, conduce a una “guerra civil” pues el mal es incapaz de vencer al mal. ¿Cómo justificar una guerra para alcanzar la paz o para liberar un pueblo? ¿Cómo entender la creación del enfrentamiento entre hermanos para conseguir el beneplácito político y el acceso al poder? Estas estrategias, así lo siento yo, crean más tensión y enquistan los problemas.

En tiempos de dificultad conviene convocar al amor y su corte de estrategias constructivas.

Avizorar un tiempo nuevo, donde el amor sea la garantía de lo humano, ha de pasar por la reconciliación y el perdón; por la justicia, la verdad y la reparación; por la inclusión de todas y todos desde el respeto a las diferencias; por la humildad para reconocer los errores y pedir perdón a las víctimas inocentes de nuestros desatinos; por la recuperación de la verdad, la honestidad y la transparencia; por la primacía de las personas sobre las cosas; por la preeminencia del bien común sobre el particular. En últimas, por el amor que nos hace hijos, hermanos y cuidadores de la casa común.

**Con la mirada en el corazón de Dios.** El Evangelio termina con una escena que bien podríamos calificar de añadida: “tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan... estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios...”. Sin embargo, al pasarla por el corazón siento que, lejos de ser añadida, es una clave de interpretación del texto. Cuando hacemos de la Voluntad de Dios el horizonte de sentido para nosotros y para la comunidad solo hay un resultado posible: ser hombres y mujeres con talante de constructores del Reino de Dios, del Reino del Amor.

Solo el amor transforma y libera. ¿Te apuntas al grupo de quienes quieren ser artesanos del amor aquí y ahora?